

DE LA VIGILIA AL DÍA

Navidad, la alegría irreprimible de la Iglesia en la liturgia

ECCLESIA

25_12_2022



**Luisella
Scrosati**



Siglos de fe han donado a la Iglesia y al mundo entero una obra maestra litúrgica en la noche y el día de Navidad. La costumbre de la Iglesia de Jerusalén en el siglo IV, atestiguada por la peregrina Egeria, de celebrar la Santa Eucaristía tres veces, a

medianoche, al amanecer y el día de Navidad, expresa la alegría incontenible de la Iglesia al celebrar el misterio de la Encarnación y el nacimiento de su Esposo y Redentor. La Iglesia de Roma la ha hecho suya, manteniendo incluso la costumbre de celebrar las tres misas en tres basílicas diferentes, respectivamente Santa Maria Maggiore, también conocida como *Sancta Maria ad praesepe*, la Belén de Roma, Santa Anastasia Mártir y San Pedro en el Vaticano.

A lo largo de los siglos, la liturgia de Navidad se ha convertido en una larga y maravillosa vigilia de oración, no sólo para no ser inferiores a aquellos pastores que, hace dos mil años, velaron toda la noche y tuvieron el don de escuchar el canto de los ángeles, ver al Dios encarnado y contemplar a la *Theotokos*, sino también para expresar la espera vigilante, llena de esperanza, de la nueva venida del Hijo de Dios como Señor de la historia.

Y así, antes de la reforma litúrgica, en la mañana de la víspera de la natividad, el *introito* y el *gradual* tensaban al máximo la cuerda del anhelo: *Hodie scietis, quia veniet Dominus, et salvabit nos: et mane videbitis gloriam ejus* ("Hoy sabréis que el Señor vendrá a salvarnos, y mañana veréis su gloria"). La antifona del *Magnificat* de Vísperas volvía a exhortar a la humanidad a no dispersarse para unir todas sus facultades en la gran espera: *Cum ortus fuerit sol de caelo, videbitis Regem regum procedentem a Patre, tamquam sponsum de thalamo suo* ("Cuando haya salido el sol, veréis al Rey de reyes proceder del Padre, como un novio [que sale] de su tálamo").

La salmodia, los responsorios y las lecturas de Maitines, que concluyen con el canto del *Te Deum*, conducen la vigilia hasta medianoche, momento de la celebración de la primera misa. Todo el *Propio* de la *Missa in nocte* gira en torno a la generación eterna del Hijo a partir del Padre. Ese niño al que la Misa del día saludará como "nacido por nosotros" es ante todo el Hijo eterno del Padre eterno. Él es su Hijo, antes de ser nuestro hermano. *Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodie genui te* ("El Señor me ha dicho: Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado") (aquí la versión gregoriana, y aquí una versión según el antiguo canto romano). Este *introito*, sobre el segundo modo gregoriano que se desarrolla esencialmente en el intervalo *re-fa*, nos hace oír las palabras que el mismo Hijo nos dirige para hacernos partícipes del misterio insondable de su generación del Padre, tomándolas del Salmo 2. Es una melodía sencilla, tan sencilla como Dios; sobria, para sostener el clima de profunda adoración y contemplación de la Noche Santa. Si se observa la escritura neumática sangallesa de este *introito*, se puede notar la presencia característica de dos distrofas y tres tristrófas: la primera en las dos sílabas de *dixit*, la segunda en la sílaba *-mi* de *Dominus* y en la *-o* de *ego*

y *hodie*. Una estructura que remite al doble misterio cantado en la antifona: las dos naturalezas en el Hijo, segunda Persona de la Trinidad divina.

Después de la Misa comienzan inmediatamente los Laudes y, tras un pequeño descanso, la hora Prima, al final de la cual se celebra la *Missa in aurora*. Al amanecer, la Iglesia eleva su himno para saludar a Aquel que ha venido a visitarnos como el sol naciente (cf. Lc 1,78). La quinta de las antífonas mayores de Adviento había invocado al Señor Jesús como “oriente”, esplendor de luz eterna y sol de justicia, implorándole que viniera pronto a iluminarnos a los que vivimos en tinieblas y en sombra de muerte: *O Oriens, splendor lucis aeternae, et sol justitiae: veni, et illumina sedentes in tenebris, et umbra mortis*. Ahora el *introito* de la *Missa in aurora* saluda a la Luz de la Luz, que irradia el Niño acostado en el pesebre y que es más que un simple infante: *Lux fulgebit hodie super nos: quia natus est nobis Dominus: et vocabitur Admirabilis, Deus, Princeps pacis, Pater futuri saeculi: cujus regni non erit finis* (“Hoy brillará la luz sobre nosotros, porque el Señor ha nacido para nosotros; y será llamado Admirable, Dios, Príncipe de la paz, Padre de la edad futura, cuyo reinado no tendrá fin”). El texto es el “tejido” original del capítulo noveno del profeta Isaías, con su conocido *incipit*: “El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz; sobre los que habitaban en tierra de tinieblas brilló una luz”. La *hodie* de la generación eterna, antes de que la luz fuera creada, recibe contestación con la *hodie* de la generación en el tiempo de la Luz increada.

Tras otra breve pausa, la liturgia incluye el canto del ora Tercia, que introduce la *Missa in die*: se trata de la misa más antigua, a la que posteriormente se añadieron las otras dos. El *introito* es la espléndida respuesta a la larga espera del tiempo de Adviento, figura de la espera de los siglos: *Puer natus est nobis, et filius datus est nobis: cujus imperium super humerum ejus: et vocabitur nomen ejus, magni consilii Angelus* (“Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, sobre sus hombros está [el signo de] la soberanía, y será llamado el Ángel del gran consejo”). Este texto, tomado una vez más del capítulo noveno del profeta Isaías, resuena en la primera sílaba de *Puer* y en el *et* que introduce *filius* un intervalo de quintas (*sol-re*), poniendo inmediatamente el acento en el niño (*puer*) nacido por nosotros, reconocido sin embargo no como un niño cualquiera, sino como el Rey al que saluda un doble toque de trompeta. Y, en efecto, el texto que sigue habla de su soberanía, haciendo hincapié precisamente en la palabra *imperium*.

El Propio de la Misa del día -así como las otras dos Misas- crea un clima litúrgico diferente del que estamos acostumbrados cuando pensamos en la Navidad. Lo que se proclama es el misterio del gran Rey (*introito*), de la salvación largamente esperada y ahora mostrada a todos (*gradual*), del Señor a quien todas las naciones deben adoración

(Aleluya), del Dios a quien pertenecen los cielos y la tierra (Ofertorio). Lejos de perder de vista la humildad de Dios, el entrelazamiento de estas antífonas crea la justa tensión de espíritu ante el misterio inenarrable del Dios que se hace hombre sin dejar de ser Dios, del Rey que se hace siervo manteniendo su realeza.